



El cuerpo como escenario de confrontación

Cerramos estos días de aislamiento con noticias sobre el aumento de la violencia contra personas LGBTI, en un escenario de presunta validación social. Acciones dadas en la visión dicotómica de la sexualidad y el género que siempre mide fuerzas en “la evidencia”, por el origen moderno de la discusión, donde “lo que se ve” y “cómo se asume” terminan dando el significado de la persona en la vida colectiva, se expresa en la corporalidad y lo que esta significa para una sociedad mayoritariamente materialista y, de acuerdo a esta expresión, terminan indicándole que es lo que es posible y lo que es prohibido.

En este escenario de darle sentido a la vida desde la corporeidad, los cuerpos de las personas con orientaciones sexuales e identidades de género diversas han tenido cuatro hitos que han aparecido como intromisión corporal del aparato social: a) **los estigmatizados** como enfermos e indeseables, con la propagación del VIH/Sida; b) **los ridiculizados** por confrontar la masculinidad para empoderar un género más allá de la dicotomía feminidad – masculinidad; c) **los cosificados** de aquello que, bajo las lógicas del consumo, permite que perviva cierta diversidad en la sociedad, como el “mercado gay”; y d) **los aniquilados** por asumir una identidad o expresión de género diversa, generando contra ellos expresiones de repugnancia y haciéndoles depositarios de violencia.

En el conflicto colombiano, los grupos armados han naturalizado hacia los cuerpos LGBTI unas prácticas de desprecio específicas, que por tratarse de aquellos que llaman “no normalizados” lo asumen como una corrección por el desvío que estos han tenido de los parámetros establecidos, y por no encajar en su proyecto moral; allí se dan los repertorios de violencia prejuiciosa por los patrones estandarizados fruto de la heterosexualidad asumida como natural y establecida como norma de obligatorio cumplimiento, incluso con el aval de la sociedad, que ha llevado al límite esos cuerpos violentados, quienes para sobrevivir promueven acciones de resistencia y persistencia.

Por esto hoy, se deben pensar los efectos desproporcionados del conflicto en las personas LGBTI desde las resistencias, revoluciones y marcaciones que se han expresado desde los cuerpos abyectos de ellos y ellas, lo que gritan con sus heridas que dan constancia, a veces efímera, del recibimiento despectivo que hace la sociedad, y del rechazo e invisibilización a su proyecto de



vida que, como diría Butler, constatan que en la cotidianidad “hay vidas que son dignas de ser vividas y lloradas y otras no”.

Los marcos normativos, sobre todo luego de la segunda guerra mundial, lograron generar pactos de no destrucción corporal, por la vergüenza de situaciones como el exterminio del pueblo judío, pero como el desprecio al cuerpo del otro, del otro diverso, permanece, se instauraron prácticas de adiestramiento corporal, en términos de lo que Foucault llama: “modos de disciplinamiento”, en los que penetran las relaciones de poder que determinan la percepción de la realidad, las formas de obrar de cada sujeto y el cómo se piensa en las relaciones intersubjetivas. Así, para el caso de las personas LGBTI en escenarios como el conflicto armado, esto se tradujo en percibir una realidad hostil a su proyecto de vida, activar prácticas de supervivencia como mecanismo de resistencia a la opresión y pensarse a sí mismos como indeseables por el desprecio que el otro expresaba, sobre todo el otro hegemónico que, a su vez, tenía la capacidad de decidir sobre su vida.

El sujeto LGBTI en el marco del conflicto armado en Colombia, con enunciados performativos en algunos casos, buscó invisibilizarse en el marco de la confrontación, asumiendo el reto de la deconstrucción corporal para aminorar sobre su vida los efectos desproporcionados de la guerra y que le permitieran sobrevivir a la heteronormatividad, que en su proyecto belicoso promovía la materialización de los cuerpos para generar fronteras entre lo moralmente permitido y lo políticamente sancionable, llevando a que los esquemas se establecieran no solo en los territorios, sino, y sobre todo, en los cuerpos que habitan los territorios, produciendo así unas tipologías de sujetos que ubicaban en la matriz de la asimetría, pues el poder en la guerra parte de la premisa de que si en la sociedad no hay clasificación, hay desorientación.

Leer esta realidad en perspectiva de memoria y verdad sobre los cuerpos LGBTI nos permite afirmar que:

1. La violencia promovida por el conflicto armado sobre los cuerpos tiene un hito originario en la homogenización del lenguaje con el que se instaura el poder ilegal y legal: la dicotomía en el marco del conflicto entre quienes perciben género y sexualidad como lo más evidente y lo más natural de todo, y quienes las señalan como dispositivos inmorales que hay que “normalizar”.



2. Las formas de enunciarse de las personas LGBTI, que son móviles y contextuales, yendo de lo “construido” a lo “deconstruido” emergieron durante las décadas de la confrontación armada y se convirtieron en lugares de conflicto. Por eso, en los territorios en disputa, el nombramiento de la sexualidad y el género como una práctica de exclusión surgió en medio de la violencia, ante la presión de definir una identidad que, por su control moral, impedía cualquier asomo de dispersión.
3. El proyecto moral de los actores del conflicto en Colombia, que echa raíces en principios fundamentalistas, choca con el proyecto de vida de las personas LGBTI, obligándoles a parecer abyectos y a promover la activación de la violencia como respuesta de los actores de poder sobre lo que sus cuerpos representan. Esto los llevó desde el performance a resignificar el territorio y proponer las resistencias como maneras de construir ciudadanía desde un marco prohibitivo.

Esta no fue una realidad fruto del conflicto armado, ya existía con anterioridad, las profundas raíces negacionista de la diversidad, el imperio de la heterosexualidad normativa y la debilidad de la agenda de los derechos humanos en nuestro país, hacían que el desprecio a las formas de vida diversas en cada territorio fueran cotidianas, con códigos de ética, patrones de comportamiento o prácticas atribuidas a creencias religiosas, donde familias y núcleos sociales excluían a las personas LGBTI o las dejaban en las márgenes. Lo que hizo el conflicto fue exacerbar esa situación, poniéndole un factor determinante de violencia y excluyéndolas de manera vehemente de su proyecto moral y político.

Wilson Castañeda Castro

Director

Caribe Afirmativo